

Estreno en Canarias

Cipe Linkovsky y Lindsay Kemp recrean a Isadora Duncan

MARTIN-CARMELO

El estreno mundial del espectáculo "Cipe Linkovsky como Isadora" en el teatro Guimerá, de Tenerife, tuvo en su nacimiento la particularidad de tener muy cerca el mar del océano y el fuego del volcán. Tanto para la actriz argentina como para el inglés Lindsay Kemp, que en este caso corrió con la dirección, dicha circunstancia imprimía a la obra un carácter enormemente simbólico, que ayudaba al rescate universal de la personalidad revolucionaria de la danzarina Duncan. "No nos interesa tanto revitalizar la gran categoría artística de Isadora cuanto que reivindicar la otra cara de su vida, la de una auténtica revolucionaria ante su tiempo", explicaron Lindsay y Cipe en la isla en los días previos al estreno, durante los que paralelamente a los últimos ensayos compartieron experiencias con los teatreros canarios y, concretamente en el caso del actor inglés, se celebraron clases de expresión corporal abiertas y gratuitas. Esta misma obra irá, en septiembre, al Festival Internacional de Bitez, en Yugoslavia.

El escenario del Guimerá habitó la serie de nueve largas cortinas con las que Lindsay desarrolló su lenguaje impresionista de focos y efectos. La obra posee una estructura eminentemente discursiva, donde el mismo tono declamatorio de Cipe, reforzado por su viejo estilo del "cabaret-literario", permanece regularmente definido como un lamento, un quejido o un desconsolado canto del desencanto. "Es una ópera hablada", nos había anticipado la actriz de "Yo quisiera decir algo". Una ópera con un solo personaje, ella, reencarnando los ocho principales de "My life": Serguei Esenin, Gordon Graig, Eleonora Duse... Dentro de un planteamiento de espacio escénico a la italiana y precisamente sin el resplandor del Kemp iluminado de "Flowers", "Cipe Linkovsky como Isadora" discurre a lo largo de ochenta minutos como el resultado francamente positivo de un pretexto biográfico y casi autobiográfico de la actriz Cipe frente a la danzarina Duncan. Y no es que el genio creador, tantas veces descrito como alucinante, de un Lindsay Kemp, de vueltas de "Flowers" y "Salomé", de pronto suspenda su propio "clima" en beneficio de la "idea" de Cipe. A pesar de que haya sido ella la que invitará a Lindsay a dirigir la obra después de leer la vida de Duncan, cuando en 1978 coincidieron en Caracas (IV Sesión Mun-

dial del Festival de las Naciones), donde la nombraron "mejor actriz del año", luego el propio Lindsay Kemp ha reconocido que "ésta podía ser la mejor obra" de su vida, puesto que para ambos el personaje, Isadora Duncan, es todo un "ángel guardián cultural". No cabe, por tanto, analizar la obra con especiales contemplaciones, dadas las dos escuelas presentes en su parto, sino enjuiciar su montaje desde el mismo plano en el que nos encontramos frente a dos artistas de sobrada categoría. En todo caso, la utilización de una serie de recursos ya inventados con anterioridad y el empleo de técnicas narrativas y de exposición usuales no resta, en nuestra opinión, uno de los mágicos logros del espectáculo: el contagio emocional del público a través de la sola presencia de un

actor sobre la escena. Hay momentos en que Cipe Linkovsky alcanza verdaderas situaciones dramáticas, dolorosas, pasionales. Las cortinas no han sido mudadas de su sitio, los focos juegan con el color como guiados por la mano de un pintor impresionista llamado Lindsay Kemp, y el tiempo, que aquí juega la papeleta más difícil, se diluye suavemente, con la voz, la música y los efectos en off del músico Carlos Miranda. Cipe Linkovsky ha evolucionado casi sin parar de un personaje a otro como el solo cambio de vestuario delante del público y gracias al baúl de los mil ropajes que aparece como un extraño elemento decorativo, despojado y vuelto a llenar antes del último desenlace. La actriz ha obviado la danza, "porque no se trata de imitar a un genio, sino de mostrar su vida" (confesó Cipe en Tenerife durante un debate sobre la obra), y en su lugar ha preferido contarnos todos los porqués formulados en primera persona durante su trágica existencia por la mujer que a principios de siglo ya bailaba descalza y casi desnuda: "¿Por qué la esperanza del artista es casi siempre un sueño irrealizable?". De la mano de Cipe, Isadora recorrerá Europa y preguntará, con su triunfo: "¿Te das cuenta, América, que yo tenía razón?; mi danza es como una liberación, sirve. No importa que baile junto a los reyes o entre los obreros". El sentido más profundo de toda esta historia real, casi irreconocible por verdadera y trágica, que ahora resucitan para el teatro Cipe, Lindsay, Carlos Miranda, Celestino Coronado (director asistente), John Spradberry (director técnico) y el escritor José María Paolantonio (creador de La Raulito), está contenido en una frase de Duncan con la que casi se inicia el espectáculo: "La libertad en la danza nace de la libertad en la vida: soy una revolucionaria". Descalza, semidesnuda también tras la gasa, Cipe Linkovsky se apodera de Isadora Duncan como mezclándose desde este presente con una historia que pasó y en la que se reconoce. La obra termina con la irrepitada muerte de la bailarina norteamericana, en 1927, en Niza, al engancharse su largo chal en la rueda del automóvil en que viajaba, sin ver realizada su vieja esperanza: crear una escuela de danza moderna. Fuera del guión de la obra, Cipe Linkovsky dijo al público que "el arte no debe ser privilegio de los cultos, sino vino espiritual de la Humanidad". ■ Foto: ALBERTO JONQUIERES.



"La libertad en la danza nace de la libertad en la vida". Cipe como Isadora.